



E L D U E N D E V E R D E

¿DÓNDE ESTÁN LAS LLAVES?

Paloma González Rubio

Ilustración: Álex Orbe



ANAYA

*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Paloma González Rubio, 2023
© De las ilustraciones: Alex Orbe, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, febrero 2023

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-143-3500-0
Depósito legal: M-29386-2022

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Paloma González Rubio

¿DÓNDE ESTÁN LAS LLAVES?

Ilustración: Alex Orbe

Q U E R I D O L E C T O R

Cuando era niña lo que más me gustaba era leer. Mis dos mayores deseos entonces eran escribir historias y hacer el pino.

Lo de escribir historias lo conseguí muy pronto, porque como terminaba de leer enseguida los libros que me compraban, yo misma me escribía uno, lo ilustraba con recortes de periódicos o revistas y lo ponía en la estantería con los que me habían regalado, como si fuera un libro de verdad. Lo de hacer el pino se me resistía.

Crecí, seguí leyendo muchísimo y eso me permitió conocer otros mundos a los que no podía viajar. Seguí intentando hacer el pino, pero no lo conseguí.

Volví a escribir cuando tuve a mis hijos y redescubrí, gracias

a ellos, la magia del mundo que me rodeaba. Les pedí que, lo mismo que me habían enseñado a mirar el mundo con otros ojos, me enseñaran a hacer el pino. Pero ni ellos lo consiguieron.

Esta historia, por increíble que parezca, es la historia de todas las cosas que perdimos en casa mientras mis hijos trataban de enseñarme a hacer el pino.

Paloma Pontalé z

*A Marina y Víctor,
por todo lo que he encontrado
desde que aparecisteis en mi vida.*

1

EL PERDEDOR

ME LLAMO Andrés y soy un perdedor.

Cuando hablo de perder no me refiero a un partido de fútbol o de baloncesto, una partida de parchís, ajedrez o cartas. En los juegos me pasa como a todo el mundo, unas veces gano y otras no. Casi siempre sucede lo segundo. Al parchís, por ejemplo, solo he ganado dos partidas. Rodri y Claudia, que son mis mejores amigos, no dejan de recordármelo.

En cualquier caso, aunque de vez en cuando gane, sigo siendo un perdedor.

No es que yo sea un fracasado o un inútil, que es como los mayores entienden esta palabra. A mí lo que me pasa es que pierdo cosas. Todas las cosas. Todos los días. Claro, que como al problema de ser un perdedor se añade que soy despistado, quizás haya habido uno

o dos días que no haya extraviado algo, pero se me han olvidado esos días.

Desde que me levanto hasta que me acuesto no dejo de perder: la agenda del cole, cuadernos, reglas, bolis, cromos, juguetes...

Ya sé que eso le pasa a la mayoría de la gente, pero es que los demás solo olvidan dónde las han puesto. Lo mío no es así. Yo pierdo algo y ya no lo vuelvo a encontrar nunca más. Es como si mi cuerpo hiciese desaparecer todo lo que tocan mis manos por una puerta que se traga lo que pasa por ella, y allí va a parar, irrecuperable; es decir, lo que en un primer momento está en mis manos, al siguiente se ha volatilizado misteriosamente.

Mi condición de perdedor hace de mi vida un drama. Mis padres están hartos. Hasta mis abuelos, que como todos los abuelos tienen muchísima paciencia, en cuanto se dan cuenta de que mi mano va a rozar un objeto, me lo quitan corriendo de las manos: las fotos, los soldaditos de plomo que colecciona mi abuelo... Y cuando me compran una bolsa de chuches me las dan de una en una y no me quitan ojo hasta que me la he metido en la boca,



porque si no lo hacen así, al momento ya no está en mi mano, pero ni en mi mano ni en el suelo ni en ninguna parte.

Mis compañeros no me dejan tocar nada suyo. Cuando me han desaparecido los bolis, no hay un solo voluntario en clase que quiera prestarme uno, ni siquiera Claudia, que es mi mejor amiga y se sienta a mi lado.

Lo más misterioso de todo es que mi abuela verifica antes de acompañarme al colegio que llevo cuanto necesito. Con mi horario en la mano, repasa la mochila. Va recitando en voz alta su contenido: el libro de Mates, Lengua, Cono, el cuaderno, el estuche, la agenda, el bocadillo... Me acompaña a la puerta cargando la mochila y no me pierde de vista hasta que entro en el edificio. Luego, cuando meto la mano para sacar el libro, que yo mismo he visto con *mis propios ojos* momentos antes, ya no lo encuentro. Y si está, lo que no encuentro es el cuaderno. ¡Y eso en los cuatro minutos que transcurren desde que mi abuela me despide hasta que llego al aula!

El único que no pierde la paciencia conmigo es mi amigo Rodri.

Rodri me da cosas suyas y se me queda mirando mucho rato para ver cómo desaparecen. Estamos seguros de que algún día vamos a descubrir el secreto. Él piensa que yo soy un mago que no ha descubierto su magia y que esta consiste en hacer desaparecer objetos, y que cuando descubramos el mecanismo de esa magia, podremos hacerlos aparecer y nos haremos millonarios.

Yo no quiero hacerme millonario. Me conformaría con recuperar las cosas que pierdo.



2

LA VITRINA DE LOS OBJETOS PERDIDOS

HAY OTRA persona que tampoco ha perdido nunca la paciencia conmigo: Elena, mi tutora. Al principio se me quedaba mirando pensativa cuando le decía que había perdido el cuaderno con los deberes o la agenda. Y no decía ni mu. Me observaba con sus enormes ojos de color caramelo, como si me quisiera leer el pensamiento. No tardó en darse cuenta de que no soy un mentiroso, sino un perdedor, y en lugar de regañarme o burlarse de mi desdicha, al mes de empezar el curso propuso inaugurar en nuestra clase una vitrina de objetos perdidos.

Nos explicó que en el mundo se pierden cosas constantemente y que por eso en todas las ciudades hay una oficina de objetos perdidos. Hay personas que pierden instrumentos musicales: guitarras, trombones, baterías y hasta

violonchelos. Otras pierden teléfonos, ordenadores portátiles, carteras, juguetes, abrigos, raquetas, bolsas con palos de golf, televisores de bolsillo, joyas, gafas...

Eso me consoló porque me di cuenta de cuantísimos perdedores hay en el mundo —o sea, que no soy el único—, y todos nos sentimos apabullados, como dice mi abuela, al imaginar lo grandísimo que tiene que ser el almacén de las oficinas municipales de objetos perdidos, porque nuestra pequeña vitrina ha ido creciendo tanto que ya ha llegado el momento en que nos falta sitio para guardar todo lo que se pierde.

De lunes a viernes depositamos en ella lo que encontramos tirado por ahí. Es obvio que algo tirado es un objeto perdido u olvidado, que viene a ser lo mismo. Los viernes por la tarde, antes de salir de clase, cada uno presenta una lista a Elena con lo que nos ha desaparecido durante la semana. Ella hace las comprobaciones, busca en la vitrina y allí suele encontrar la mayoría de las cosas que se nos despistaron: las gomas de borrar, los libros de texto que desaparecen como por arte de magia, los bolígrafos, los guantes... Los guantes

se extravían tanto que una vez vi en la tele a una mujer que había forrado la valla de un parque con guantes perdidos y lo llamó el mural de las manos desnudas. Todos los periodistas iban a hacer reportajes, y ella y su obra se hicieron famosos.

Yo preparo durante la semana la lista de cosas que me han desaparecido en el cole, en el coche, en mi casa... Mi lista es siempre la más extensa de todas, pero, a diferencia de lo que les sucede a mis compañeros, lo que yo pierdo nunca está en la vitrina: se lo ha tragado la tierra. Lo que confirma que lo mío no es como lo de los demás, sino un don, una magia especial, como dice Rodri.

Elena inauguró la vitrina de los objetos perdidos contándonos un cuento, y desde entonces, todos los viernes, antes de abrir la vitrina y repartir los objetos perdidos, contamos historias sobre las cosas que se pierden.

Las llaves que abren candados y puertas se extravían con mucha facilidad. Con una llave se pierde mucho más que la llave, se pierde todo lo que contiene la caja o habitación que abre esa llave. Y si la llave es de

una puerta de una casa, puedes dar por perdida hasta la casa con todo lo que contiene.

Por eso no es exagerado afirmar que la frase que más se repite en todo el mundo civilizado es: ¿DÓNDE ESTÁN LAS LLAVES?



Í N D I C E

1. El perdedor.....	7
2. La vitrina de los objetos perdidos	12
3. Las llaves y la luz	16
4. Perdulario	18
5. Magia.....	23
6. Cómo se pierden los papeles.....	28
7. Claudia tiene una clave	38
8. Perder la oportunidad	45
9. El misterio de la oscuridad.....	52
10. Cómo se pierde un reino.....	58
11. Cómo se pierde una familia.....	68
12. El cumpleaños de Mariano	79
13. El manual del buscador	94
14. Perder, buscar y encontrar.....	101
15. Perder el ánimo.....	107
16. Cómo se pierde un continente.....	114



EL DUENDE VERDE

Andrés es un perdedor. Pierde cosas constantemente: cuadernos, bolis, la agenda del cole, juguetes... Su familia nunca le deja hacerse cargo de cosas importantes ni sus compañeros le prestan las cosas que les gustan, porque él lo pierde todo. Sus amigos se pondrán manos a la obra para ayudarle con su terrible problema.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 8 años

ISBN 978-84-143-3500-0



9 788414 335000

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571235

ANAYA